

La vocación poética

Salvador Gutiérrez

Cuando en 1934 Antonio Gamoneda instala con su madre en un barrio periférico de León tiene tres años y ya arrastraba un enorme vacío vital: su padre, también poeta, fallecido cuando aún contaban su vida por meses. La Guerra Civil añadirá más frío a la mente de aquel niño ya sensibilizado por el dolor.

Pero la vocación poética que de algún modo llevaba impresa en sus genes busca desesperadamente una salida. Pronto, muy pronto, inicia sus composiciones. Su primer cuaderno, *La tierra y los labios* recoge poemas muy maduros ya de 1947, cuando tenía 16 años. En ellos restalla como sustancia poética la dolorosa realidad vital que ha sacudido su yo y su entorno. El dolor, la amargura, la ira, la muerte entran de forma directa o a través de sus metáforas (la noche, la ausencia, la sombra, el viento, el frío, el hielo). Sólo una pasión congénita por la poesía una decidida vocación por la perfección una lectura atenta, estudiosa y multiplicada, una sustancia vital irreprimible pudieron causar este milagro. El joven Gamoneda se aproxima a ese fanal de luz que fue la revista Espadaña. Allí publica una hermosa contribución, muy cerca de un impresionante poema de Blas de Otero («Me haces daño, Señor. Quitá tu mano / de encima»). El poeta bilbaíno influyó decisivamente durante algún tiempo en nuestro escritor.

Subelevación inmóvil es otro milagro en la investigación estética. En el fondo, siempre una sustancia vital dura, una experiencia social frustrante, un ámbito interior arremolinado. Sin embargo, no cae en una fácil repetición de clichés, ni en soflamas sociales. El libro es un esfuerzo de superación, de sublimación. El espíritu encadenado, la sed vital saciable se proyectan de forma inevitable sobre los mitos de Prometeo y de Tántalo, sobre las cadenas y sobre la sed. Es una subelevación interior que resuelve en originales transformaciones: el dolor como soporte de la belleza.

En 1961 inicia una nueva andadura poética que cristalizará en otra obra prodigiosa: *Blues castellano*. En el fondo subyace la misma sustancia vital, sigue siendo fiel a su vocación estética, a su estilo lacónico y firme. Pero existen diferencias consistentes. Nuevos son los metros, el verso cabalga sobre otros ritmos. Irrumpen con fuerza poética temas cotidianos como el cansancio, el dolor, la monotonía del trabajo, la impresión del nacimiento de una hija, el amor, la casa, los amigos, el

paisaje del entorno, Las imágenes poseen un valor sémico, al que se llega por metonimias: la madre son las manos, la amada es un río de cabellos, el amor es un rostro cansado, las hijas son unos ojos, una mirada, el hombre, y en particular, los amigos se asocian al viejo tronco de los árboles.

No existe un yo desligado del entorno ni poeta que mire al mundo con otra luz que la de su paisaje. La tierra, la luz, el frío, la nieve, la desolación de los páramos leoneses... entra de forma directa y oblicua en la retina de Gamoneda. En León de la mirada (1979) se recogen muchas instantáneas visuales del entorno leonés, J. P. Aparicio, J. M^a Merino y Luis Mateo comentan con acierto: «Es difícil encontrar voces que asuman tan intensamente el lirismo de una geografía, que trasciendan simbólicamente su emoción y su significado, con las imágenes y las metáforas que sólo a la poesía pertenecen».

La singularidad de una voz

En el último cuarto de siglo la producción poética de Gamoneda se adentra en un sendero poético más singular y difícil, tanto en fondo como en forma. Los versos son largos y profundos como versículos de salmos. Son hermosos en el ritmo, arriesgados en hermetismo de su sentido y cautivadores a través de una belleza presentida. Esa belleza que busca encamación en un ritmo lento, en una sucesión fluvial, espaciosa y sensible a los sentimientos. Las imágenes son sorprendentes. En ellos se mantienen las obsesiones de su sustancia poética y vital: la amargura, el dolor, la vejez y, especialmente la desolación de la muerte. *Descripción de la mentira, Lápidas, El libro del frío.*



Considero verdad muy segura que los habitantes de Königsberg nunca tuvieron conciencia de que aquel enjuto vecino que con rara y maníaca puntualidad recorría el trayecto desde su casa hasta el *beffroi* del ayuntamiento era el mejor filósofo que desde Aristóteles había generado el planeta. En su retiro de una fría ciudad de provincias, Emmanuel Kant reconstruyó no sólo arquetipos y ensamblajes de la razón pura, sino que iluminó desde su prisma todos los rincones del pensamiento.

Nada de extraño tendría pensar que muchos vecinos de nuestra ciudad que se cruzan en la calle con Antonio Gamoneda desgastando a fuerza de kilómetros puntos de colesterol no puedan imaginar que tras ese rostro concentrado se encuentra uno de los genios poéticos más singulares y cualificados de la lengua española en la

posguerra. La cotidianeidad y la costumbre tamizan nuestra visión con un filtro sepia que elimina contrastes, anula cromatismos y otorga igual vida a lo vivo y a lo inerte.

No es mi papel erigirme en restaurador que con pinceles y algodones impregnados en esencia de trementina se encarga de recuperar la esplendorosa realidad de una efigie oculta. Antonio Gamoneda no lo necesita. Quienes en su retiro, ya sea bajo los tamizados rayos de la tarde o bajo la concentrada luz de una lámpara se hayan acercado a sus versos habrán quedado impresionados, estupefactos por su concentración poética, por la singularidad de su voz, por su particular visión del entorno, por su sensibilidad, por su búsqueda-de las esencias, por su voluntad de transformar el dolor en belleza y los remolinos espirituales en sosiego.

Fragmentos con Antonio Gamoneda

ILDEFONSO RODRÍGUEZ

La razón del lector se vuelve razón poética. Dice el chamán: «En sus ojos no hay distinción entre lo visible y lo invisible»; ése, que desató los nudos de las palabras, como si hubiera bebido la sustancia nanacatl: «Todas las cosas están ordenadas y suspendidas, hay música en tu pensamiento y nadas en la luz, pero es negra tu última sonrisa». El mismo que afirma vivir con las tensiones de la protesta y la consolación.

Ahora que lo digital desplaza a lo analógico, nunca más imprescindibles sus cifras y sus formaciones de lo imaginario.

Así comienza su relato: «Desde un hotel exterior al destino...».

(No muele ahí la rueda de la Institución Literaria. Siempre el salto, el riesgo de la contradicción. Aquella energía, el imperativo que, en la intimidad de la escritura y el lector, exige Lezama Lima: «Ahora, salga, siga con sus pasos la lección que le va a dictar su mirada. Tiene que convertir en cuerda floja tanto cuanto pise»).

El cuerpo y la maquinaria de la escritura son uno y lo mismo, porque ha crecido un nuevo ser: un habla poética única en la lengua. La lengua común necesita de esas lenguas únicas para seguir asegurando la libertad de cada hablante: que siga hablando por él mismo. Y ahí la necesidad paradójica en la que viven los grandes poetas: sólo alcanzan su habla irrepetible en el encuentro con los otros. La paradoja crece en espirales, cuando la palabra única aplica su teorema: a mayor información, menor tensión poética. Pero el lector siempre gana algunas certezas, aunque sean fluyentes; acabará por ver los «rostros invisibles». Quedará para siempre agradecido.